

7. La de Juan de Dios hizo prodigios, porque estuvo basada, como acabáis de ver, en la perfecta mortificación. Por medio de ésta, es decir, por la eficacia divina de la Cruz de Cristo, arrolló heroicamente cuantas dificultades se opusieron á su paso de gigante en la triunfal carrera que emprendió para redimir de la miseria á sus hermanos. ¡Quién pudiera trazar aquí el cuadro de las obras de misericordia, espirituales y corporales, que llevó á cabo personalmente el insigne fundador de los Hermanos hospitalarios! Por fortuna son demasiado conocidas del mundo y de vosotros; por lo cual, dejando aparte el trabajo de historiar, me contraeré á la demostración de mi tema, haciéndoos notar cómo con sólo el ejercicio de la caridad, como con preciosa mina, supo enriquecerse nuestro Santo, adquiriendo los gloriosos méritos de todas las virtudes: la caridad bastó para santificarle. En efecto, ella sola, cual la describe el Apóstol, encierra la fe, la esperanza, la mansedumbre, la paciencia, la magnanimidad: ella vale tanto como el martirio, el cual sin ella carece de valor: ella, en fin, es la gran ciencia de los santos, la perfección de la voluntad humana por su conformidad con la divina¹. Y ¿cuál de estas virtudes no resplandece á cada paso en la historia del héroe portugués? Dejando aparte las demás, llama sobre manera mi atención, y creo merecerá la vuestra, aquella sublime magnanimidad, aquella grandeza de alma, tan característica de los santos, almas grandes y generosas como no ha habido otras en el mundo. De este temple fueron nuestros invictos mártires, nuestros grandes apóstoles, nuestros célebres doctores y hasta los humildes anacoretas y las mujeres

¹ I Cor. 13, 4 sqq.

fuertes que ilustraron con las virtudes de su sexo todos los estados de la vida cristiana. Campeó la magnanimidad de San Juan de Dios en hacer y padecer, en ejecutar grandes empresas y en sufrir grandes afrentas. Ni sé, á la verdad, cuándo deba más admirarle, si cuando le veo levantando magníficos edificios que han de ser al mismo tiempo hospitales en regla para toda suerte de enfermos, y hospederías de pobres peregrinos, y asilos de menesterosos, bien provistos de recursos y comodidades; ó cuando le veo derribado por el suelo, recibiendo alegremente pesadas bofetadas de mano de libertinos que se titulan hidalgos, ó perdonando con un semblante de risa á una insolente y desagradecida mujerzuela que le arroja insultos á la cara. Que no es mejor el varón esforzado que el paciente, dice el Espíritu Santo; ni mayor hazaña, tomar una ciudad que dominarse á sí mismo en tan peligrosas ocasiones¹. Mas no debe sorprendernos este poder de la caridad para engrandecer moralmente al hombre que en grado heroico la practica, si reflexionamos que el ejercicio de la misericordia no es otra cosa que una perfecta imitación y copia de la vida de nuestro Redentor, maestro y dechado de la caridad. ¿Cuál fué la misión de Jesús sino la de evangelizar á los pobres y sanar corazones heridos²? ¿qué hizo durante los breves años de su peregrinación por la tierra sino derramar beneficios á manos llenas, enjugar lágrimas, curar dolencias, resucitar muertos, lanzar demonios de los cuerpos y de las almas³? Pues, si fueron semejantes á éstas las nobles tareas de Juan de Dios, ¿qué mucho que su vida haya sido un

¹ Prov. 16, 32.

² Luc. 4, 18.

³ Matth. 11, 5.

trasunto de la del Salvador? Y ¿cabe mayor grandeza en el hombre que la de asemejarse al Hombre-Dios?

8. Por eso nuestro Santo aduna en su frente á la corona de mártir la aureola de apóstol. Sí, cristianos, apóstol puedo llamar á Juan de Dios; y apóstol, no sólo de Andalucía y del siglo XVI, sino de todos los siglos y naciones, pues no hay tan vasto y sublime apostolado como el que se ejerce por medio de la caridad. «*Si hablara yo con las lenguas de los hombres y aún de los ángeles, decía San Pablo, mas no tuviera caridad, nada sería.*»¹ La lengua de la caridad habla más alto que todos los sermones; y á su eficacia persuasiva no hay corazón, por duro que sea, que no llegue á rendirse. Dígalo Antón Martín, célebre personaje en la historia de la Orden de San Juan de Dios, trocado por la caridad del Santo, de infame traficante del vicio en sucesor y heredero del glorioso Fundador, y fundador él mismo del hospital del amor de Dios en la corte de Madrid. Díganlo tantos pecadores reducidos al camino de la salvación por las vehementes exhortaciones de Juan, apoyadas en su trato de amoroso padre. Nada hay tal vez más patético, ni más admirable entre las obras de celo de este apóstol, que los mil esfuerzos y desvelos con que trataba de sacar á las públicas pecadoras de la ruín y escandalosa vida que llevaban. ¡Qué sacrificio para el Santo penetrar en aquellas cárceles del vicio, en aquellos antros del demonio, para predicar á las desventuradas, ora á todas en común, ora á cada una en particular; y, cuando había logrado mover al arrepentimiento á alguna de ellas, prestarle todos los auxilios para asegurarla en el bien! ¿Qué

¹ 1 Cor. 13, 1.

más? ¡hincarse de rodillas y con lágrimas suplicar á la menguada pecadora que no ofendiese más á Dios! ¿Puede extremarse más la benignidad del apóstol de la caridad?

9. Bien claro se veía que su pecho era un volcán de amor divino. Las obras de misericordia, con robarle al parecer todo el tiempo y la actividad de su espíritu, no eran parte á estorbarle el íntimo trato y continua comunicación con Dios, en el ejercicio suavísimo de la contemplación. Es indudable que sólo en alas de la oración se remonta el alma á las alturas de la santidad. San Juan de Dios no fué menos contemplativo que eminente en la vida activa, propia de su especial vocación. Para probarlo bastaba verlo extático, endiosado, arrojando por la boca vivos resplandores, recibiendo visitas de los bienaventurados, de los ángeles, de la Santísima Virgen, y del mismo Jesucristo. Pero este punto pedía un discurso aparte; y el tiempo me obliga á decir alguna cosa, aunque muy someramente, acerca de la gloria con que lo ilustró la caridad¹.

II.

10. Honrólo, en efecto, la misericordia, y completó magníficamente sus trabajos, haciendo por este camino eterna su memoria entre los hombres². El complemento de las obras de caridad de San Juan de Dios fué la célebre Orden religiosa por él mismo fundada para perpetuar y dilatar por todo el mundo los prodigios de su celo. Empieza, como todas las obras de Dios, por pequeños y humildes principios, unos cuantos compañeros que se agregan al Santo para dividirse el ser-

¹ Honestavit illum in laboribus (Sap. 10, 10).

² In memoria æterna erit iustus (Ps. 111, 7).

vicio del hospital de Granada; y acaba por extender, cual árbol frondoso y corpulento, sus ramas por Europa, Asia y América, no habiendo, puede afirmarse, menesteroso alguno que no haya encontrado amparo debajo de su sombra. España, Italia, Francia, naciones católicas, en donde por lo mismo la caridad es planta indígena, acogieron con maravilloso entusiasmo la nueva Institución aprobada por el gran Pontífice San Pío V¹ y otros muchos sucesores suyos en la Silla de San Pedro. Alemania y algunos países del norte de Europa, donde la herejía luterana hubiera sin duda extinguido la llama de la caridad (pues ¿qué otra cosa puede hacer el protestantismo, nacido de la sensualidad y el orgullo?), vieron también florecer los hospitales, gracias al impulso de los esclarecidos Hijos de San Juan de Dios, que allí, como en todas partes, los edificaron suntuosos y magníficos. ¿Qué diré de ambas Américas? ¿qué, de Colombia y Bogotá? Á la vista están los monumentos que dejó aquella célebre Orden en la tierra americana, á cuya civilización contribuyó también eficazmente; y, si hoy carecemos de la piedad personal de los Hijos del misericordiosísimo Patriarca, poseemos por dicha nuestra herederos de su espíritu: que tales son las religiosas y caritativas Hermanas de la Presentación, á cuyo cargo maternal están confiados en su mayor parte los asilos de caridad que cuenta y protege la Nación. ¡Bendito sea el Varón de la misericordia, que precedió gloriosamente y aleccionó con su ejemplo al gran Vicente de Paúl y á cuantos en los siglos posteriores se han consagrado al alivio de las humanas miserias! Su espíritu no ha desaparecido de entre nosotros; y las obras que él ha

¹ En 1572 (*Ribadeneira* l. c.).

inspirado y continúa inspirando, serán otros tantos monumentos erigidos á la gloria del inmortal Juan de Dios.

11. Inmortal, sí; porque la muerte, que para todos suele ser eclipse y sombra¹, para el Santo de Granada fué día clarísimo y como el oriente de una gloria perdurable. *Su memoria es imperecedera, porque es conocida de Dios y de los hombres*². Murió Juan de Dios, aquel hombre extraordinario cuya vida era tan preciosa para una ciudad entera, para un mundo; y murió á la temprana edad de cincuenta y cinco años: era ya tiempo sobrado para una eternidad de triunfos y victorias. Una de ellas fué su misma muerte, y ¡cuán gloriosa! Porque fué heroica en su causa, felicísima en sus circunstancias, admirable en sus efectos. Expone su vida á inminente riesgo en la corriente del impetuoso Genil, lanzándose á salvar del naufragio á un pobre joven que se ahogaba; y, si no logra sacarlo con vida á pesar de sus esfuerzos, saca del río la enfermedad que le llevó al sepulcro. Así concluye su carrera sin jamás darse punto de reposo. Expira en oración, como lo deja ver la misma actitud y postura de su cuerpo, arrodillado sin apoyo alguno, ya cadáver, con asombro universal del concurso. Las lágrimas y las aclamaciones rodean el féretro del pobre hermano de los pobres, y el cielo atestigua con brillantes y multiplicados milagros la santidad del insigne siervo del Señor.

12. Tales son, hermanos míos, las obras de la diestra del Excelso; tales, los prodigios de la caridad en la santificación del hombre. ¡Oh! ¡si este fuego divino prendiese hoy en nuestros tibios corazones! ¡Oh! ¡si obrara Juan de Dios este milagro en cuantos se agol-

¹ Job 10, 21.

² Sap. 4, 1.

pan alrededor de su sagrada imagen! Enfermos y sanos, menesterosos todos, acudamos hoy á implorar su poderoso patrocinio, y pidámosle con la santa Iglesia que se curen nuestros vicios y alcancemos salud y vida eterna. Así sea.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN NEPOMUCENO

(predicado en la catedral de Bogotá, mayo de 1897).

El dechado del carácter sacerdotal.

Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent ex ore eius.

Los labios del sacerdote guardarán la ciencia [del secreto], y de sus labios se exigirá [la exposición de] la Ley.

Mal. 2, 7.

1. ¡Hermosa figura la de San Juan Nepomuceno! Las hubo ciertamente notabilísimas en toda la edad media; es decir, cuando las Letras aun no habían renacido en Europa, cuando la barbarie dominaba todavía en las instituciones y costumbres, cuando, á pesar de gigantescos esfuerzos, promovidos y apoyados por la Iglesia, la civilización se hallaba apenas en la cuna. Entre los grandes personajes del siglo XIV, grandes, no tanto por su elevada posición social, como por sus extraordinarias cualidades morales, vemos descollar resplandeciente con la triple aureola del saber, de la virtud y del martirio, la figura del ilustre canónigo de Praga, cuyo nombre, tan venerado por los miembros del clero, es uno de los más conocidos, amados é invocados por el pueblo cristiano de todos los países del antiguo y nuevo continente. Todo concurre á rodear su nombre de popularidad: los prodigios que dan á su historia un

colorido legendario; los milagros obtenidos en todas partes por su intercesión gloriosa; pero, sobre todo, su fortaleza invicta en una prueba hasta entonces no vista, y acaso no repetida después, y, por consiguiente, la originalidad de su martirio único hasta hoy en los fastos de la Iglesia. Tales circunstancias no podían menos de impresionar fuertemente los ánimos de los creyentes, no sólo por el momento ni en un punto del globo, sino por larga serie de siglos y en todas las regiones adonde llevó la fama la noticia de tan esclarecido personaje. Los grandes caracteres, así como dominan á las muchedumbres, así, traspasando los estrechos límites del tiempo y del espacio, proyectan á enormes distancias los rayos de su celebridad, iluminan y alientan á innumerables almas, y se captan, sin pensarlos ellos siquiera, la admiración y el entusiasmo de las generaciones. Juan de Nepomuc fué un gran carácter: ¿quién puede dudarlo? De ahí que ni la distancia de millares de leguas que separa de nosotros el lugar ennoblecido con su nacimiento, ni el transcurso de casi siete siglos acumulados sobre su sepulcro, hayan sido parte á borrar su bendita memoria del corazón de los pueblos cristianos. ¡Con cuánta fe no se le invoca, especialmente en los trances en que pelagra el crédito propio y el buen nombre y la honra de una persona querida! ¡Con cuánto afecto no se le tributan los mayores honores que pueden tributarse á un santo! ¡Díganlo el devoto pueblo de Colombia, la América entera, la Europa latina y germánica, la Iglesia universal!...

2. El Venerable Capítulo de esta santa iglesia metropolitana quiere hoy atestiguarlo una vez más, celebrando la tradicional festividad de su glorioso Patrono, y estimulando de este modo la devoción nunca desmentida